

Hosanna y en nuestra

En Rentería nunca hemos tenido procesiones de las que llaman la atención a los forasteros. Aquí nunca hubo Macarenas alumbradas por diez mil candelas, ni encapuchados, ni obras de arte famosas en la imaginaria. Sólo unos pobres "pasos", casi todos de escayola, amén de un San Miguel con yelmo y coraza, al que dan guardia dos señores graves y enlutados, portadores de sendas varas de ébano rematadas por corazones, y luego, angelitos de ropitas alquiladas que portan trabajosamente los clavos y la corona de espinas, sobre bandejas de plata.

Pero en Rentería, y en todo el país vasco, las procesiones son cosa seria. Faltarán los pífanos y los jipíos, pero los pocos y pobres símbolos que cruzan nuestras calles, convertidas entonces en una prolongación del templo, lo hacen entre dos filas largas, muy largas, de hombres serios y respetuosos. Por eso no suele haber espectadores, porque todos son actores y forman parte del cortejo que acompaña a la Madre en su dolor, tras del Hijo que poco antes murió en la Cruz. En Rentería somos aún mucha gente los que vamos a las procesiones.

Claro que también tenemos las procesiones que, precisamente enmarcando esos días de paños morados y misereres, conmemoran las fiestas alegres, las que nos hablan de júbilo y esperanza. Los Domingos de Ramos y de Resurrección se celebran entre nosotros con sencillez, sin alardes, sin perder un ápice de lo tradicional y, claro está, con la participación del pueblo, como puede apreciarse en las fotografías que publicamos y que corresponden a este mismo año.

En la "Dominica in Palmis", es cosa de ver el gozo de la chiquillería, de esa incontable chiquillería de Rentería, agrupada ante la ermita de la Magdalena y a la sombra, bajo el bosque de ramos que transporta y que desde la víspera falta en los árboles de los caseríos cercanos. Es necesario que el Vicario salga hasta el pórtico, para bendecir e incensar tal cantidad de laurel, pues a pesar de las nuevas costumbres, todavía las palmas de Elche las usan tan sólo el Cabildo, los concejales y muy pocos más.

Luego, el "Púeri Hebraeorum..." en estupendo alarde de potencia y desafinación, que da paso al "Lauda Jerusalem...", entonado por el coro con seriedad y en señal de marcha, para alcanzar sus mejores disonancias en el "Daaa...vid" del final.

Al llegar a la Parroquia y cuando ya han entrado los mayores, codazos, tropezones y "laurelazos" para conseguir un puesto en las escaleras del presbiterio. Luego será ella, durante el interminable recitado de San Mateo, sin poder aguantar el "pis" y sin querer abandonar un puesto conseguido con tamaño esfuerzo.

En fin, nada importante para ser contado, pero sí algo que tiene el valor de lo entrañable y que sólo por ello, es digno de ser conservado.



Alleluia

Semana Santa

Y al otro domingo, "LA TOPADA", nombre que familiarmente vulgarizado damos a la solemne procesión del Encuentro. Esta sí que es procesión castiza y renteriana. No es que queramos atribuirnos la exclusividad, pues es verdad que en la misma o parecida forma se celebra en otros pueblos de la provincia y de más allá, pero nosotros seguimos haciéndonos la ilusión de ser sus inventores.

El Señor, "resurrecido" como decía aquel vejete que nació en la Rioja y era renteriano hacía mucho, sale solo y a callandas a dar la vuelta de Santa María a Capitanenea, y al llegar de nuevo frente al Ayuntamiento, como si no estuviera previsto, "se da de manos a boca" con su Madre, que baja entonces por el atrio dedicado a su Asunción, acompañada del Cabildo que viste ropajes de raso blanco, y seguido de los concejales en "cuerpo-villa".

Tres genuflexiones son las obligadas, las que no tienen más remedio que hacer los portadores delanteros de las andas de la Virgen, cuando ven ante sí la imagen del Hombre redivivo.

Es un momento alborozado el que sucede a estas ceremonias. Los ritos se han cumplido y ya no queda lugar para la pesadumbre y la tristeza de los días anteriores. Madre e Hijo se colocan a la par, para iniciar su coloquio de todos los años a través de las calles de Abajo y del Medio, al compás de la musiquilla de siempre, cuyo ritmo saleroso hace que las pluviales, recién limpias, de los curas, se balanceen de lado a lado contagiadas por la alegría de todos, ofreciendo con el ventear jubiloso de los flecos su aportación al alleluia con que pronto dará comienzo la Misa Mayor.

Al modo de ver, moderno, con que hoy se miran estas cosas, es seguro que nuestra "TOPADA" no conseguiría mejor juicio que el de ser considerada como una pantomima que, por tradicional, ha conseguido emocionar a viejos y beatas que la presenciaron muchas veces. Quizá sea verdad y la razón esté de su parte, pero por la mía y sin pensarlo, he llevado a mis hijas a que estén presentes en el Encuentro todos los años, por si con ello les hago el favor de que un día, al notar dentro de sí una sensación que no se experimenta ante cualquier cosa, se dan cuenta de que aquello que ven está vinculado a su ser y que ya son renterianas.

Y he aquí, sintetizadas, las alegrías de la Hosanna y Alleluia en son de apertura y cierre de la semana austera, sin concesiones, que enmarca toda la tradición religiosa de nuestro pueblo, y que con la conmemoración de la gran tragedia del Calvario, marca un hito de acercamiento y comprensión hacia Aquél que todo lo hizo por salvarnos.

B. OTEGUI

